

LA APARENTE NO TRADUCCIÓN FRANCISCANA EN POLONIA

Agata ORZESZEK SUJAK

Universitat Autònoma de Barcelona - España

La lengua es el mayor tesoro de la cultura y, al mismo tiempo, la más sensible y reconocible de las señas de identidad.

Ryszard Kapuściński

Mientras hacía el trabajo de campo con vistas a este trabajo, esto es dirigirme a conventos franciscanos de mi Polonia natal en busca de información referente a las traducciones realizadas en el seno de la orden, la respuesta más frecuente a mis inquisiciones podría resumirse en lo siguiente: ¿Traducir nosotros? No, no nos dedicamos a ello. Vaya a consultar, por ejemplo, a los jesuitas; ellos sí que tienen mucha experiencia en este terreno, etcétera, etcétera, etcétera. No obstante, la consulta de otras fuentes, disponibles en las bibliotecas universitarias,¹ arroja un resultado que desmiente tales aseveraciones, a saber: los franciscanos polacos han desplegado a lo largo de siglos una importantísima labor traductora y tienen en su haber una obra traducida imponente. Eso sí, casi toda ella anónima y gran parte de ella hecha a lenguas extranjeras (lo que en las Facultades de Traducción llamamos traducción inversa). Entre los siglos XIII y XIX, la invisibilidad del traductor es casi absoluta. En las fuentes, algunas firmadas incluso por estudiosos franciscanos –tal el caso del franciscano conventual Marek Korona, que en su *Directorium albo raczej wprowadzenie do pojęć*

¹ Obras de estudiosos tanto religiosos como seculares entre los cuales destaca el historiador del cristianismo Jerzy Kłoczowski, autor entre muchos otros trabajos de *Chrześcijaństwo i historia* [Cristiandad e historia] y editor de varios volúmenes de *Franciszkanie w Polsce* [Los franciscanos en Polonia], desde la Edad Media hasta la entrada en el siglo XX.

terminów elementów logicznych i filozoficznych [Directorium o más bien un intento de introducir en la terminología polaca elementos lógicos y filosóficos], de 1639– si bien es cierto que se alude a la labor traductora de la orden, se hace con frases impersonales tipo «en los siglos XVI y XVII “se” tradujeron (o “fueron traducidos”) del italiano textos del teatro evangelizador asociado con escenificaciones del Nacimiento». También se deja constar que hacia 1660 los predicadores Franciszek Rychłowski y Bernard Gutowski “tradujeron” (aquí sí aparece la palabra) al polaco las citas latinas que utilizaban en sus sermones.

Los traductores asoman (todavía no salen) de su anonimato tan solo en el siglo XIX, aunque no por su labor traductora sino más bien como fondo que ilustra las vicisitudes históricas del país, tales como la represión posterior a la sublevación antizarista de 1863, en la que los franciscanos en todas sus ramas tomaron parte activa, que se manifestó en clausuras por orden gubernativa de conventos y monasterios, en condenas a trabajos forzados en Siberia, en deportaciones y destierros. Al no lograr encontrarse un lugar en la nueva y opresora realidad, muchos de los antiguos monjes acabaron alcoholizados, los siberianos tuvieron bastante con luchar por sobrevivir, pero hubo uno, el capuchino Prokop Leszczyński, que, refugiado en Galitzia, se dedicó a traducir al polaco la mayor parte de la obra de San Alfonso María de Ligorio. (Llama la atención, aunque no mucho dada la característica de anónimas de las traducciones franciscanas, que el autor de *Zakonnicy franciszkańscy Królestwa Polskiego po kasacie 1864 roku* [Monjes franciscanos del Reino de Polonia después de la clausura de 1864], Roland Prejs OFM Cap., lo mencione tan solo de pasada.) Otro caso curioso, también comentado de pasada, es el del capuchino Florian Topolski, quien, enviado en 1836 a predicar a la India oriental (donde residiría ocho años), para facilitarse la labor evangelizadora tradujo del francés el Gran Catecismo, primero al inglés y luego al indostánico.

No voy a repetir aquí (cosa que haría mal) lo que ha sido magistralmente expuesto por el doctor Vega en su ponencia inaugural (y que hemos podido consultar en la publicación precongresual) pero sí quisiera hacer constar que todo lo que dijo de los franciscanos españoles en su análisis histórico es absoluta y perfectamente aplicable a los polacos, destacando tres cosas:

- el anonimato (en lo tocante no solo a la traducción sino también a trabajos originales);

- la dedicación al pueblo llano;

- la misión evangelizadora.

De ahí que no diesen importancia a la misión lingüística: la lengua y la traducción no eran más que herramientas, no el fin, que siempre había consistido en hacer llegar el mensaje apostólico a ese pueblo llano que, salvo raras excepciones, era analfabeto. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo hacérselo llegar? Pues, sobre todo, a través de la representación, el gesto, la escenificación –ese teatro evangelizador al que dedicó su penetrante análisis la doctora Gambini– y, *last but not least*, la palabra. Mas la palabra pronunciada a viva voz, no escrita. Aquí cabría añadir un cuarto punto de coincidencia con lo expuesto por el doctor Vega: la oralidad.

Toda la Edad Media polaca transcurre bajo el signo de órdenes mendicantes, entre las cuales destaca la franciscana, recorriendo el país con el fin de llevar a los rincones más recónditos el mensaje evangélico. El franciscanismo se extendió por el territorio polaco muy pronto. Tanto es así que el primer convento franciscano se fundó en Cracovia, en la calle –*nomen omen*– Franciszkańska, ya en 1236. País principalmente agrario, las órdenes mendicantes enseguida se granjearon en él las simpatías del campesinado. Y no solo del campesinado, también de la *intelligentsia*, perteneciente a la muy numerosa nobleza (rural, dadas las características del país), ama y señora de la Res Publica de las Dos Naciones (Estado formado por la Corona de Polonia y el Gran Ducado de Lituania en los albores del siglo XVI y que se extinguiría a caballo entre los siglos XVIII y XIX a consecuencia de los sucesivos repartos entre Rusia, Prusia y Austria). El nombre de Res Publica de las *Dos Naciones* puede llamar a engaño, pues aquel era un país multinacional (aparte de polacos y lituanos lo habitaban rutenos, bielorrusos, ucranianos, tártaros, alemanes, judíos..., y no se agota aquí la lista), multirreligioso (ortodoxos, católicos, uniatas, protestantes, hebreos, musulmanes..., sin que tampoco se agote la lista, a la que sin embargo conviene añadir un fuerte componente pagano) y por ende multicultural. La inexistencia de una alianza entre una monarquía fuerte (los reyes los elegía la nobleza) y una iglesia única y poderosa hizo del país un modelo de

tolerancia religiosa en el que los adeptos (y/o conversos) se ganaban a fuerza de atraerlos y convencerlos, no vía imposición.

En los siglos XVI y XVII, coincidiendo con la expansión de la ya boyante Res Publica hacia el este,² los franciscanos amplían su misión evangelizadora llevándola a los Confines Orientales (así, con mayúsculas), a Moldavia, Turquía e incluso Japón. Para realizar su labor aprenden desde el panruso en todas sus modalidades (ruso, bielorruso y ucraniano) hasta el turco y el japonés pasando por el moldavo, lenguas todas ellas a las que traducen (o autotraducen) sus sermones.

Durante estos días ha planeado por esta sala la constatación de la enorme capacidad franciscana de mimetizarse con los pueblos a los que evangelizan, ergo de expresarse en lenguas que no son las suyas y, por si fuera poco, de fijar la gramática de las no descritas. Quisiera retomar esta idea para subrayar *expressis verbis* su magisterio en la traducción inversa.

Dicho todo esto, les quisiera hablar de un caso excepcional, también en el sentido de esa excepción que confirma la regla, pues se trata de una traducción que no es anónima, ni tampoco inversa. Sin embargo, antes de entrar en materia, permítanme relatarles una anécdota:

Un día de enero de 2004. Estamos en Wejherowo, la capital tradicional de Casubia, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de Gdańsk. (Si supiera manejar el photoshop, a la diapositiva de la colegiata wejherowiana que aparece en pantalla le hubiese añadido carámbanos de hielo colgando de todos los salientes así como ingentes cantidades de nieve: el termómetro marcaba veinte bajo cero. Los inviernos en Pomerania suelen ser crudos, pero aquel fue especialmente duro.) Ese día sale en libertad un preso y se dirige a pie hacia la estación de ferrocarril para coger un tren que lo lleve a su pueblo. Según el horario, el tren todavía tardará un tiempo en salir y nuestro preso, en su camino entre la cárcel y la estación, pasa por delante de la colegiata. Aterido de frío, entra para calentarse. No tiene intención de rezar ni de oír misa; su única pretensión es entrar en calor. Franquea el pesado portón, se sienta, mira a su alrededor y ve una especie de escenario en el centro y observa que la iglesia se está llenando de gente. Hace

² Otra característica polaca: desde el punto de vista histórico, cada vez que nos expandíamos lo hacíamos con el sable apuntando al este mientras que frente a occidente, acomplejados, nos replegábamos.

mentalmente un rápido recuento de fiestas de guardar y no descubre nada que justifique tanta afluencia. En eso las luces se atenúan, sobre el escenario iluminado aparece una actriz de teatro muy conocida, casubia por más señas, y empieza un evento, un espectáculo. El hombre, todo oídos, escucha el texto que declama la actriz y se queda extasiado, clavado en la silla; consulta el reloj y constata que va a perder el último tren, pero algo le impide moverse, algo muy poderoso que se ha adueñado de lo más profundo de su ser. Se queda hasta el final. Es el último en salir, medio aturdido, medio enaltecido. Y, en efecto, pierde el tren. Localiza a la familia de su compañero de celda en cuya casa pasa la noche. Al día siguiente, en vez de dirigirse a la estación para coger el primer tren con destino a su pueblo, vuelve a la colegiata y pide hablar con el padre Sikora. Una vez ante él le da las gracias y añade: «Por primera vez en mi vida sentí que todas y cada una de las palabras estaban destinadas a mí y a nadie más que a mí».

El espectáculo en medio del cual se había encontrado nuestro preso sin habérselo propuesto no era otra cosa que una representación que hundía sus raíces en la más pura tradición franciscana del antiguo teatro evangelizador. Se trataba de la primera edición de *Verba Sacra* en la que se dio lectura a la traducción al casubio que el padre Sikora había hecho del original griego del Evangelio según San Marcos.

Ante el inesperado éxito de la iniciativa, el director artístico del evento pide al padre Sikora que traduzca los demás Evangelios con vistas a futuras ediciones de *Verba Sacra* a lo que este le contesta: «Ese encargo ya me lo han hecho», en inequívoca referencia a aquel pequeño ladrón (los grandes, como es sabido, no se dejan coger y meter entre rejas así como así) al que las palabras del Nuevo Testamento habían conmovido como nunca, pues era la primera vez que las oía en *su* lengua (y subrayo el posesivo «su»: tal vez convendría hacer una clara distinción entre «lengua patria», polaco en este caso, y «lengua materna», en este caso casubio).

La lengua casubia, eslava y emparentada con el extinto polabo y el superviviente sorabo, se extendía en tiempos mucho más allá del territorio que hoy concentra a sus hablantes. En la zona de los lagos Łebsko y Gardno en el Litoral Eslovino, poblada por los lebacasubios (nombre con que se denominaban ellos mismos, procedente del de la ciudad de Łeba), también conocidos por el de eslovinos (acuñado por un viajero ruso, Hilferding), se había mantenido hasta mediados del siglo XIX. Pese a haber pasado por muchos avatares históricos adversos, el casubio ha sobrevivido contra viento y marea

(entre esos vientos y mareas figuran guerras, como la de los Treinta Años, invasiones, como la de la orden teutónica, ocupaciones, como la rusa, la prusiana o la propia polaca...); se calcula que hoy lo usan a diario y lo consideran su principal vehículo de comunicación entre 250.000 y 300.000 personas, una comunidad importante que, sin embargo, estaba privada de su lengua materna en el uso eclesiástico. Esa carencia ha sido subsanada por la iniciativa apostólica y la labor traductora del franciscano Adam Ryszard Sikora, doctor en Teología y catedrático de la Universidad de Poznań, que hoy tiene traducidos ya los cuatro Evangelios (todos del griego), recientemente editados en un solo volumen, y diecisiete Salmos de David (traducidos del hebreo). Además es autor de numerosos trabajos de investigación en torno a la historia de las traducciones bíblicas al casubio (de Krofej, 1586; de Pontanus, 1643; Perícopas de Smoldzino, 1699-1750, protestantes todas ellas).

Me entrevisté con el padre Sikora en su convento de Poznań con vistas a esta intervención (fue cuando me contó la historia del preso) y, entre otras, le planteé –de traductora a traductor– las siguientes preguntas: 1) qué lo había llevado a emprender el trabajo de traducir los Evangelios y los Salmos; 2) qué método siguió (si es que siguió alguno); 3) qué opinaba de su contribución (a mi modo de ver, colosal) a la normalización de la lengua casubia literaria contemporánea, y 4) qué opinaba del éxito de *Verba Sacra*, que desde aquella memorable primera edición se celebra cada año.

A modo de conclusión resumo sus respuestas:

Lo que lo había llevado a emprender la traducción del Nuevo Testamento al casubio era el deseo, profundamente franciscano, de llevar la palabra de Dios al pueblo llano, en este caso a *su* pueblo (el padre Sikora es de Wejherowo), es decir, a continuar el tradicional ministerio pastoral de su orden. En cuanto a las cuestiones puramente traductológicas, nunca se las había planteado. Su misión era una misión evangelizadora, y el haber hecho que las Sagradas Escrituras llegasen a lo más profundo del alma de aquel ladrón de poca monta (que, esperaba, en lo sucesivo visitaría la iglesia y no la cárcel) le proporcionaba una gran satisfacción. Aunque sí había un método en su trabajo: hacerse amigo de los autores de los textos. Por su vocación y formación ya lo era de los cuatro evangelistas; los salmos le costaron un poco más, sobre todo en lo tocante a su forma poética. Y añadió que no se sentía ni caníbal, ni domesticador, ni extranjerizador, ni etnocentrista, ni etnorrelativista, ni funcionalista, ni genderista, sino

un mero instrumento, un transmisor, mensajero y embajador de la palabra de Dios. Por lo que se refiere a su contribución a la normalización del casubio, le restó toda importancia (la proverbial modestia franciscana) recalcando que le interesaba la labor misional, no filológica. Más aún, que estaba en deuda con los filólogos, sobre todo con el profesor Treder, catedrático de la Universidad de Gdańsk, que le había dado valiosísimas indicaciones. Finalmente, no podía mostrarse menos que satisfecho de que, de resultas del éxito de *Verba Sacra*, el pueblo casubio contaba con su primera Pasión según San Marcos, *Pierszô Kaszëbskô Pasja*, con música de Tomôsz Fópka y, por supuesto, de que a la colegiata de Wejherowo acudían más personas que nunca, aun las que jamás pisaban una iglesia.

¿Misión traductora o misión evangelizadora? Las dos que se funden en una sola, como siempre ha sido en el caso de los franciscanos a lo largo y ancho del mundo.